

XII

VITRINA BLINDADA

Serían como las once de la noche. Pocos minutos después, Dady se juntaba con Day-Lily, Roberto y Jonathan, en la esquina de Oxford-Street.

Miss Sun-Ray parecía exasperada, ella tan tranquila casi siempre. Se lanzó sobre el capitán, le cogió nerviosamente del brazo, y con voz emocionada le preguntó.

— ¿Sabéis la noticia, capitán?

— ¿Qué noticia, dulce engañadora?

— ¡Sir Japhet se ha suicidado en el mismo tren real que lo conducía de Newmarket, y mi proyecto ha caído en tierra!

— ¡Tripas de todos los reyes! juró el capitán. He ahí una noticia desagradable.

Day-Lily siguió:

— Debo confesar que mi idea no valía lo que la vuestra, pues que descansaba sobre la vida de un

hombre que hemos reducido á la desesperación. Creía poder llegar por la astucia y creo tendremos que emplear la fuerza. Ahora todo depende de vos. Y esta misma noche obraremos á pesar de todo... ¿Tenéis listos vuestros hombres?

— Sólo esperan una señal. El joven gentleman Pip, un agradable ganapán, mi muy querido amigo, está en este momento dentro del parque, del que se ha procurado una llave, presto á abrirnos la puerta de «Grosvenor-Gate». Una vez dentro, yo sé cómo hacer entrar á mi gente, ¡rosas del Infierno! y os suplico que creáis que son gentes resueltas.

— ¿Cuántos son?

— Una cuarentena, no más, divididos en cinco grupos correspondiendo á cada puerta que les abriremos. En este momento beben tranquilamente, como si no se conociesen, en las tabernas de South-Andley-Street, y sólo tengo que mostrarme en vuestra compañía para advertirlos que ha llegado el momento.

— ¡Bien! exclamó Day-Lily, ya no hay que hablar. Vamos en seguida. Roberto y Jonathan quedarán aquí para velar, y vendrán á buscarnos dentro una media hora en Grosvenor-Gate.

Dady O'Crab se puso en marcha seguido en silencio por Day-Lily. Cerca de media noche llegaban al punto de cita con Roberto y Jonathan — donde éstos ya esperaban — después de haber recorrido las tabernas en que se encontraban los amigos del capitán y los policías disfrazados.

Á partir de ese momento los acontecimientos debían

marchar aprisa, más aprisa de lo que Sun-Ray se sospechaba.

El gentleman Pip, como Dady lo había anunciado, abrió la verja, y el guardián se dejó amarrar sin mucha resistencia como estaba convenido. Se le quitaron las llaves de las otras puertas é hicieron pasar á los buenos amigos del capitán : hombres de caras sospechosas buenos para inspirar confianza á Day-Lily.

Esta repitió sus órdenes en voz baja, para que se diseminaran por el parque y prendieran fuego á la exposición.

Después, la pequeña tropa, compuesta de Day-Lily, Dady, Pip, Jonathan y Roberto, se encaminó hacia el bosquecillo que el capitán sabía ocultaba la entrada al subterráneo.

Llegaron ante la puerta, que fué forzada con todas las reglas del arte por Jonathan y Roberto, y penetraron en una galería á oscuras, marchando á tientas, tocando cada uno la espalda del que le precedía.

Después, un brusco movimiento de detención...

Day-Lily que encabezaba la caravana, acababa de detenerse, estupefacto, ante el espectáculo que se ofrecía á la vista.

Una gran sala como nave central de basilica, pero reemplazando el tabernáculo por la vitrina blindada, flanqueada por dos columnas de ascensor que cada día la remontaba. Una lámpara, disimulada en lo alto de la vitrina, enviaba, por medio de un reflector, su luz sobre el ojo de Siva, cuyas facetas resplandecían en medio de las tinieblas. Alrededor de la vitrina, tres

lechos de campaña en forma de triángulo. Dos gentileshombres, espada en mano, dormían en los dos primeros. El que debería haber ocupado sir Japhet estaba vacío. Las espadas de los gentilshombres eran las puertas de acero que guardaban el diamante. Esa noche solo había dos.

Lo que sigue fué excesivamente rápido.

Roberto y Jonathan se precipitaron, puñal en mano, sobre los dos gentileshombres creyéndose seguidos por Dady y Pip, mientras Day-Lily se lanzaba á la conquista del dios de los Sciks.

¡El Koh-i-Noor! ¡La montaña de Luz!

Pero al mismo tiempo Dady lanzó una maldición formidable, y Roberto y Jonathan se encontraron cogidos por el cuello y desarmados por las manos expertas de los amigos del capitán... cogidos en flagrante delito.

Uno de los gentileshombres apagó la lámpara, como era la consigna en caso de ataque.

— ¡Piel de anguila! ¡la maldita se me ha escapado de las manos, clamaba la voz desesperada del capitán!

— ¡Á mí también! decía Pip.

Los dos se habían precipitado sobre miss Sun-Ray y, pero habían chocado uno contra el otro, no cogiendo sino el vacío...

Cuando el Sr. Braud, el guardián llegó con luces, sólo alumbró sus rostros defraudados... Day-Lily había desaparecido con la ligereza y fluidez de un espíritu.

— ¡Maldición! decía el capitán, cuando una hora más tarde se encontraba en presencia de Uckrill, con-

tándole la aventura. ¡Maldición! ¡Esta es una broma del infierno, maestro Uckrill, ó que acabe mis días con Satanás! Yo, que contaba con este golpe de mano para retirarme de un oficio que me obliga á jurar sin tregua ni reposo, y compromete el seco pan de mis últimos días! Pues que todas las blasfemias que hoy he dicho, no me han servido para apoderarme de esa canalla de Sun-Ray, ¡por la cuerda de todos los ahorcados de Newgate! va á ser preciso que las pague á Barlow, y eso me va á costar una suma tan enorme que moriré sobre las parrillas de Satanás antes que poderla pagar!

Pero, para su gran asombro, Uckrill no le hizo reproches... Al contrario, el rostro de Uckrill se iluminó con una sonrisa.

— Consolaos, capitán, le dijo; el mal sólo es á medias porque habéis capturado á Jonathan y á Roberto, y habéis probado la culpabilidad de Sun-Ray. Además, teniéndolos ocupados, me habéis permitido obrar tranquilamente, y tengo una buena noticia que daros.

— ¡Ah! ¡Ah! maestro Andrew, contadnos eso.

— ¿Os acordáis de que os dije que la marquesa era una buena muchacha, incapaz de una mala acción?

— Sí, sí, ¡Piel de anguila! Con su cara de ángel no podía tener alma de demonio. Y ¿cómo sigue esa pobre marquesa?

La cara de Uckrill se entristeció:

— Sir Franck, el joven Dick, miss Mary y Miriam oran en este momento junto á su lecho de muerte.

El capitán se quitó el sombrero piadosamente, y murmuró no sin emoción algunas palabras:

— Es lástima, pobre niña ¡Piel de anguila! Después poniéndose de nuevo el sombrero.

— Vaya, vaya, añadió. ¡Conque han sido encontradas ya las dos jóvenes! ¡Apostaré diez blasfemias contra veinte chelines, á que ha sido la pobre marquesa la que os ha ayudado á encontrarlas!

— Y ganaréis, Dady, respondió Uckrill.

Después, rápidamente le contó lo que había pasado en su ausencia.

Como sir Franck lo había previsto, dos horas permaneció Georgina en esta especie de letargo. De repente, una crisis espantosa de delirio la atacó; y Uckrill, á quien este espectáculo doloroso conmovía profundamente, desesperaba de poder arrancar á sus labios de moribunda los detalles de lo ocurrido.

Poco á poco, sin embargo, la pobre Georgina había acabado por calmarse y al reconocer á sir Franck que le tendía la mano, había sonreído á través de sus lágrimas.

Por medio de un esfuerzo heroico, ó más bien, por un milagro de su amor por el residente, pudo hablar con voz débil, suplicando que se la llevase al lugar donde la habíamos encontrado, que ella nos enseñaría el escondrijo de Sauton, á donde, ayudado por Roberto y Jonathan se había llevado á miss Mary y á Miriam.

Mientras esperaba en la terraza la vuelta de sir Franck, había visto pasar á Sauton y á sus dos cómplices, cargados con su presa...

Sin comprender lo que hubiera podido pasar, se precipitó en su seguimiento, decidida á saber á dónde

iban para volver á contarle al Residente. En los subterráneos de Wimsical-City, había sorprendido el secreto de Sauton, y éste, habiéndose apercebido de su presencia, la había herido.

La disposición del lugar le había quedado bien grabada, y ahora iba á morir, feliz, sabiendo que le sería útil á sir Franck.

— Porque no puedo engañarme, decía la pobre, y bien puedo mostrarte el fondo de mi corazón, amigo mío, á ti, cuya amistad ha sido un bálsamo á mis dolores, á ti á quien amo, querían obligarme á traicionar. ¡Anda! Yo no pierdo gran cosa muriendo. Mi vida sólo era tristeza y desolación. Ser amada por ti, como yo te amo, tenía el presentimiento que no podría suceder... Pero podía dedicarme á ti, y Dios ha permitido que este deseo se realice.

Sir Franck, viéndola en su estado lamentable, dudaba en cumplir su súplica, en imponerle la enorme fatiga de un viaje parecido, por más que tenía un inmenso interés en él.

Pero Georgina insistía...

— No te cuides de mí, te lo suplico, mi bueno, mi noble Franck... Yo estoy condenada... pero tu hija, tu sobrina que están en poder de ese fanático que no las perdonará... Apresúrate, apresúrate, las fuerzas me abandonan y acaso dentro de un momento sea demasiado tarde...

El Residente no sabía qué hacer; pero Uckrill no había querido oír más.

Ayudado por Dick había transportado á la pobre

Georgina hasta un coche, y tendida sobre cojines, y requiriendo la ayuda de dos empleados de la ordinaria provistos de antorchas, se había puesto en camino hacia los subterráneos de la Ciudad fantástica.

Ahí, Georgina, llevada siempre con grandes precauciones por Uckrill y Dick, — atrás sir Franck con los policías provistos de antorchas — había dado las instrucciones necesarias para encontrar la entrada de la madriguera de Sauton: una puerta pintada del color de la muralla, con la que se confundía tan hábilmente que había escapado á las pesquisas de los tres números de la familia Uckrill. Si Georgina había podido sorprender el secreto, era porque Sauton, embarazado con las prisioneras, y con Roberto y Jonathan, no había tenido tiempo de obrar rápidamente.

Forzada que fué la puerta, Uckrill y sus acompañantes se encontraron en la bodega de la casa, donde el Doctor Tom obligaba á su hermana Nowla á servirle de sacerdotisa en sus infames sacrificios humanos.

Llegaron sin ruido hasta el departamento amueblado en forma de pagoda, descrito ya anteriormente.

En medio de este santuario infernal, Sauton en un acceso de furor frenético, con la baba en los labios, los ojos inyectados, más odioso aún que sus monstruosas divinidades, vestido con el traje de sacerdote, se entregaba á una danza cuyas contorsiones parecían movimientos de epiléptico, profiriendo palabras ininteligibles.

En un rincón, pálidas de terror, amarradas una contra otra, las dos jóvenes, miss Mary y Miriam... y

de rodillas ante su hermano, Nowla suplicante, pidiendo gracia para su hija.

Él, la bestia bruta, murmuraba rechinando los dientes y con la boca llena de espuma :

— No, no hay gracia, retírate, sacerdotisa manchada. ¡ Esta hija es la de tu crimen, la de tu pecado ! Más aún : es el mismo crimen. La he perdonado por mucho tiempo pensando servirme de ella para mi venganza ; pero la vil, como tú también nos ha traicionado. Debe morir, y si la sangre de una virgen es agradable á Siva, la de ella lo es doblemente.

Gracias á los clamores de Nowla, y á los gritos de él, sir Franck, Uckrill y compañía pudieron llegar hasta el santuario sin que el Indio se diera cuenta.

Ya era tiempo, y Georgina había tenido razón al decir al Residente que se apresurase.

El poseído, con un puñal en la mano, se dirigía hacia los jóvenes, amarradas, á sacrificarlas de un solo golpe sin duda.

¡ Era tiempo !

Antes que su brazo bajase, se escuchó un disparo, y Sauton, herido en medio de la frente, cayó como una masa.

Sir Franck aún con la pistola humeante en la mano, se dirigió á su enemigo y le puso el pie en la garganta.

— ¡ Mi tío !

— ¡ Mi padre !

— ¡ Franck ! ¡ mi bien amado Franck ! ¡ Mi salvador ! ¡ mi vida !

¡ Qué dulce realidad ! ¡ Qué despertar para las tres

pobres criaturas ! Para Nowla, que después de tantos años de martirio encontraba al padre de su hija ; para sir Franck que estrechaba contra su corazón á los dos seres queridos llorados por tanto tiempo ; para Dick y Mary que se encontraban juntos de nuevo ; y para el bravo Uckrill (de quien era un poco la obra) que veía en seguridad á la que había jurado proteger.

Y, ahora, sir Franck con los ojos llenos de lágrimas ; Nowla que no podía estar celosa ; Mary, Miriam, todos los que tanto le debían, estaban en la villa del residente, á donde habían transportado el cuerpo de la Marquesa, cubriendo de flores su lecho de muerte.

XIII

LA CAJA GUILLOTINA

Así abortó el intento de robo contra el brillante de la Reina, y los buenos ingleses tuvieron ocasión de enorgullecerse de tener una tan buena policía. También, en la misma noche, la capital del Reino Unido se vió desembarazada del terrible Doctor Tom, ogro que aun hoy se repite su nombre en fantásticas narraciones.

La gloria de este doble triunfo correspondía á Pip, N° 1, al capitán Dady O'Crab, N° 2, miembro de la sociedad contra blasfemias, y sobre todo al bravo Andrew-Ellick, Issaiah, Otto, Uekrill, N° 3.

Sir Franck no olvidaba los servicios que le prestaban.

Gracias á su reconocimiento, Pip se convirtió casi en un verdadero gentleman; el capitán Dady O'Crab, que no podía saldar sus cuentas con el reverendo Barlow, se vió provisto de una renta especial para pagar sus

infracciones á las reglas de la sociedad, y ya pudo jurar á su antojo hasta el fin de sus días, sin pecar, porque rescataba sus maldiciones. En cuanto á Uekrill, pudo renunciar á su oficio de policía, para el que tenía tan buenas aptitudes, pero en el que había entrado sólo para servir á la hija de su amo.

Day-Lily, que pudo escapársele al viejo Dady, no cayó en manos de la justicia que castigó con la horca á los culpables del atentado contra el diamante. Sin embargo, en su furor de haber sido vencida quiso vengarse; y tuvo la audacia de presentarse á la cita con Dick Crankle para su duelo.

Este tuvo lugar en el mismo sitio en que diez años antes se había efectuado el del mayor. Pero Uekrill que había asistido al primer duelo, había completado, — como se recordará, — á su modo las lecciones de esgrima que Dady daba al joven. La espada de Dick hirió á Day-Lily en el mismo sitio en que ella había herido al padre de miss Mary.

A la misma hora en que Dick vengaba á su prometida, sir Franck se presentaba en casa del alderman, sabiendo ya sus canalladas, á pedirle cuentas severas de todo.

Adrián, como de costumbre, estaba delante del tesoro, contemplándolo ensimismado. El residente entró sin hacerse anunciar, y tal fué el terror del alderman, que apretó precipitadamente el resorte de su caja, olvidando sacar la cabeza á tiempo. Lanzada como un pílón hidráulico, la puerta se cerró á pesar del obstáculo; pero la cabeza del alegre Inglés quedó separada del tronco.

Adrián no tuvo para qué rendir cuentas de tutelas á sus sobrinos...

Privado el caballero Blancanard de su alta protección, no fué él, naturalmente, sino Dick, el que se casó con miss Mary.

En cuanto al caballero no había esperado este acontecimiento para volver rápidamente á Francia.

En efecto, habiendo ido al gabinete de mistress Bridgeth, á la cita que las siete Elphinstone le habían dado, no encontró á ninguna de las blondas criaturas, sino á su institutriz que con voz airada le exigió le declarase sin reticencias cuál de ellas era la elegida de su corazón.

El caballero mansense salió á escape y no paró sino hasta el café-cantante « La Pequeña Polonia » de donde ha jurado no volver á salir, para mayor contentamiento de las bailadoras.

Y por esto es que las siete miss Elphinstone han empezado de nuevo la vuelta á Europa, en busca de siete nababs, de siete príncipes, ó de siete libertadores de un país cualquiera.

FIN

ÍNDICE

LIBRO PRIMERO

El Ojo de diamante.

I. — Los viajeros.	1
II. — Bromas de travesía	12
III. — A. E. I. O. Uckrill	18
IV. — La novela de Sir Franck.	25
V. — El alderman Adrián.	37
VI. — La caja de sándalo.	44
VII. — Un buen hermano	48
VIII. — Primeros pasos en Londres	55
IX. — Cómo se llega á ser número	64
X. — Dos amigos.	80
XI. — Dos informes	87
XII. — En cab	97
XIII. — La marquesa	106
